

Ana Polo Alonso

LA REINA

La increíble vida de Isabel II

la esfera  de los libros

Una mujer nada común

Isabel II era una mujer de rituales, tan apegada a la tradición y a las costumbres que cada día seguía un orden milimétrico, perfectamente establecido durante años. Un día cualquiera comenzaba minutos antes de la siete y media, cuando su doncella llegaba a las puertas de sus aposentos portando una bandeja donde había una taza de porcelana, un plato con galletas maría y una tetera de plata con té —Earl Grey, aunque también le gustaba el Darjeeling—.¹ A un lado de la bandeja descansaba una servilleta blanca con letras primorosamente bordadas: E II R O, lo que es lo mismo, *Elizabeth II Regina*. En inglés, *Queen Elizabeth the Second*. En castellano, la reina Isabel II.

En realidad, su nombre era Elizabeth Alexandra Mary y su apellido era Windsor, aunque para su familia era Lilibet, un apodo que se inventó ella misma de muy pequeña cuando no podía pronunciar correctamente su nombre. En privado, su marido, el duque de Edimburgo, la llamaba a veces *cabbage*, repollo. Para sus hijos era *mummy*, sus nietos la llamaban *granny* y sus bisnietos, *gangan*.

Nació como princesa, aunque no como futura reina, ya que su padre, el entonces duque de York, era tan solo el segun-

do en la línea de sucesión y todos en aquel momento esperaban que el heredero, el príncipe de Gales, David para su familia, se casara y tuviera descendencia. En realidad, su vida podría haber sido fácilmente anodina y prácticamente anónima, la de una *royal* de segunda fila, de no ser porque su tío abdicó, su padre subió al trono y, con diez años, Isabel se convirtió en *heir presumptive*, la presunta heredera. Un poco más tarde, cuando quedó claro que los monarcas no iban a tener más hijos, y por lo tanto, fue descartado el nacimiento de un heredero varón, Isabel pasó a *heir apparent*, la heredera aparente o natural.

La historia quiso que aquella niña disciplinada y seria —«con un aire de autoridad y reflexión asombrosos para una chiquilla tan pequeña», diría Winston Churchill de ella— subiera al trono con tan solo veinticinco años y se convirtiera «por la gracia de Dios», en *Magnae Britanniae, Hiberniae et terrarum transmarinarum quae in ditione sunt Britannica Regina, Fidei Defensor*. O, lo que es lo mismo, en reina de la Gran Bretaña, Irlanda y los dominios británicos más allá de los mares, defensora de la fe. Cuando el Imperio británico se disolvió y fue substituido por la Commonwealth, a la larga lista de títulos se le añadió el de «jefa de la Commonwealth», lo que, en términos prácticos, significa que, aparte de soberana del Reino Unido, lo era también de otros quince países, incluidos Canadá, Nueva Zelanda y Australia.

Isabel era, además, la cabeza de la Iglesia anglicana, la comandante suprema de las Fuerzas Armadas y, desde el 9 de septiembre de 2015, la monarca más longeva de la historia de Inglaterra, un récord anteriormente ostentado por la reina Victoria, la cual sirvió la nada desdeñable cifra de sesenta y tres años y 216 días. El 6 de febrero de 2022, Isabel se convirtió en la primera soberana británica en celebrar su Jubileo de Platino

o, lo que es lo mismo, los setenta años en el trono. Semejante experiencia en el cargo le permitió conocer a las figuras más relevantes de la historia moderna: trató personalmente a todos los presidentes de Estados Unidos desde Harry Truman, se vio con cinco papas de Roma y despachó con quince primeros ministros —el primero, por supuesto, fue Winston Churchill—. Cuando Isabel subió al trono en 1952, Joseph Stalin era el líder de la Unión Soviética, Konrad Adenauer era el canciller de Alemania y Mao Tse-Tung presidía la República Popular China. Setenta años después, la monarquía británica tenía página web, cuentas en Twitter e Instagram, y la reina participaba en videoconferencias y protagonizaba un vídeo con James Bond. Una de las últimas veces que se la vio con vida fue cuando apareció con el osito Paddington en un gracioso *sketch* por su Jubileo de Platino.

A pesar de los cambios, eso sí, Isabel se preocupó porque su imagen fuera siempre estable, solemne y que proyectara un gran aplomo, si bien con el tiempo fue ganando en dulzura y serenidad. Aunque en público pareciera excesivamente seria, en privado Isabel era muy agradable y bastante habladora. Desgraciadamente, tenía el tipo de cara que, si no sonreía ampliamente, cuando salía en televisión parecía que estuviera enfadada, aun sin estarlo. Pero no era huraña en absoluto: le gustaba reírse, tenía una sonrisa bonita y se divertía con los últimos cotilleos, sobre todo de políticos. Se sabe que en privado le encantaba imitar a líderes extranjeros y que tenía talento para ello. Eso sí, era increíblemente tímida, incluso algo retraída, por lo que hacia el final de su reinado aún le costaba conocer gente nueva o dar discursos. Su memoria era prodigiosa y sentía auténtica pasión por la heráldica, los uniformes militares, las medallas y las condecoraciones. Como todo el mundo, ella también tenía sus manías. Fruncía el ceño a la mínima y,

por lo que se supo, no soportaba a las personas que comían muy despacio.²

Allá donde fuera era recibida con cariño y casi un tercio de los británicos asegura haberla visto en persona en algún momento de su vida.³ Para muchos, ella era un auténtico tesoro nacional, una especie de «madre de la nación», la abuela más apreciada del país y la personificación de los mejores valores de Inglaterra. Pero no siempre fue así, ni mucho menos. Al subir al trono era vista como una muchachita ingenua y ya en la década de los sesenta tuvo que aguantar que la tildaran de *priggish*, algo así como mojigata y cateta. Su disciplina, apego a las formas, incapacidad para cambiar su peinado y falta total de interés por la moda hicieron que muchos súbditos la trataran durante décadas con un condescendiente desdén.

Hizo falta un gran esfuerzo para recuperar el prestigio perdido y demostrar que, a pesar de que el mundo estaba mutando a un ritmo vertiginoso, la monarquía podía adaptarse a los nuevos tiempos. Gracias a las mejoras internas y la modernización de usos y costumbres, Isabel capitaneó el mayor cambio del funcionamiento de la monarquía en siglos. A veces *motu proprio* y otras forzada por las circunstancias, la reina impuso nuevas maneras de hacer que hubiesen sido impensables en el reinado de su padre, y ya no digamos en el de su abuelo. Pero con ello consiguió que la Corona británica siguiese teniendo valor en el siglo XXI.

Los cambios más radicales se produjeron a partir de la década de los noventa. Hasta esa fecha, todo seguía un protocolo tan frío y rígido que los actos de la reina acababan siendo somnolientos y algo casposos. Pero en 1997 todo saltó por los aires: la muerte de la princesa Diana de Gales en un accidente de coche en París y la pésima reacción de la Casa Real los días siguientes hicieron que el público atacara a la reina con una

fuerza visceral y sin precedentes. Aquel fatídico error hizo que los fundamentos de la monarquía se tambaleasen de tal manera que muchos temieron por la supervivencia de la institución.

Isabel no se amedrentó. A pesar de que ya tenía más de setenta años y de que algunos pensaron que seguiría como si nada, a la espera de que el temporal simplemente amainase, la soberana demostró que bajo esa fachada de mujer frágil escondía una gran determinación y también una gran astucia para sobrevivir. Al final, no solo consiguió seguir adelante, sino que resurgió con aún más fuerza y en sus últimos meses gozaba de una popularidad exultante. Según las encuestas, el 81 por ciento de los británicos tenía una impresión favorable de ella, un nivel de admiración con el que ningún político del país podía ni siquiera soñar.⁴

Lejos de sentirse adulada, Isabel seguía como si eso no fuera con ella y se refugiaba en lo que más le gustaba: dar un buen paseo por el campo y, sobre todo, ver carreras de caballos. Como más cómoda iba era con una falda de *tweed*, zapatos de suela gruesa, un abrigo loden o un chaquetón de Barbour y un pañuelo Hermès en la cabeza. No era difícil verla vestida así en el Royal Windsor Horse Show, una de las competiciones ecuestres más importantes del país, su evento favorito del año y uno de los poquísimos sitios donde se sentía una más.

No hay duda de que Isabel fue una extraordinaria amazona y de que le apasionaban los caballos desde pequeña. Tanto que la única vez que de verdad contestó a una pregunta de un periodista fue en 2021, cuando la prestigiosa *Horse & Hound*, la biblia de la vida campestre, se interesó —por escrito— por sus caballos favoritos de carreras. La yegua Betsy y el caballo Burmese encabezaban la lista.⁵

Junto con los caballos, los perros también ocupaban un lugar de honor y hay muchos que no conciben la imagen de la

soberana sin un *corgie* a su lado. Aunque la verdad es que, en sus últimos años, no poseía ninguno. En 2015 decidió no tener más crías porque le daba miedo que, cuando ella falleciese, nadie se hiciera cargo de ellos. Sus últimos *corgies*, Willow y Whisper, murieron en 2018.⁶ Ellos pusieron fin a una larga saga de más de treinta perros que comenzó con Dookie, el *corgi* que le regaló su padre en 1933. En sus últimos días, a Isabel solo le hacía compañía una *dorgi*, una mezcla entre *corgi* y *dachshund*, llamada Candy.⁷



A las siete y media en punto, la doncella llegaba a una puerta con una discreta placa donde estaba insertada una sencilla tarjeta blanca con el nombre *The Queen*, la reina.⁸

La sirvienta llamaba suavemente a la puerta, no esperaba respuesta y entraba intentando hacer el menor ruido posible.⁹ El apartamento de la reina ocupaba seis habitaciones en el ala este del palacio de Buckingham, la zona con vistas a Constitution Hill y a Green Park. El dormitorio estaba decorado en verde suave y también contaba con un vestidor, el baño, una sala de estar privada, la Audience Room y la Empire Room. Ningún hombre fuera de los miembros de su familia podía acceder a su dormitorio, su vestidor y, mucho menos, a su baño.

Sin encender las luces, la doncella se dirigía a la mesita de noche, dejaba allí la bandeja y encendía la radio. A Isabel le gustaba despertarse con el programa *Today* de la BBC Radio 4, dedicado a la actualidad y famoso por no tener piedad con los políticos de cualquier partido.¹⁰

La soberana dormía en un lecho doble separado, con sábanas blancas de lino irlandés donde estaba bordado el monogra-

ma real.¹¹ Palacio tenía especial cuidado en que la ropa de cama estuviera siempre impoluta y sin una sola arruga, por lo que cada sábana requería una hora de planchado.¹²

Una vez despierta, la soberana tomaba una taza de té. La doncella aprovechaba para preparar el baño: la reina usaba una bañera antigua que nunca se llenaba del todo. La temperatura debía ser siempre templada, ni muy fría ni muy caliente.¹³

Se levantaba del lecho y se dirigía al baño. Era una mujer menuda: de joven medía 1,62 metros, pero con la edad fue encojiendo y, en sus últimos años, se calculaba que no pasaba del metro cincuenta.¹⁴ Su salud era fabulosamente robusta y, hasta hacía poco, solo se le conocían achaques menores, como algún catarro aislado. Contrajo el sarampión en 1948, sufrió una fuerte gastroenteritis en 2013, la operaron de la rodilla en 2014 y de cataratas en 2018.¹⁵ Sin embargo, después de cumplir los noventa y seis años, sus problemas médicos se fueron agudizando y se la vio en público con bastón. En los últimos meses tuvo que cancelar actos e incluso durante las celebraciones del Jubileo de Platino se limitaron sus apariciones al máximo.



A las ocho en punto, la soberana se bañaba. Era entonces cuando, en un vestidor contiguo, aparecía una de las tres *dressers*, el nombre que reciben en palacio las doncellas encargadas de preparar el atuendo.¹⁶ La reina se vestía en una sala repleta de grandes espejos que iban del suelo al techo.

A Isabel II no le interesaba la moda lo más mínimo y dejaba que las *dressers* decidieran lo que tenía que ponerse. Eso sí, a pesar de que no seguía las tendencias —lo consideraba absolutamente vulgar—, la soberana entendía que su atuendo era importante, una parte más de su trabajo, y por ello su ropa

se seleccionaba con esmero para que siempre apareciera digna y perfectamente apropiada para el cargo que ocupaba.

Angela Kelly, responsable del vestuario real, era la que se ocupaba de que todo estuviera impecable. Cada noche, repasaba la agenda de la soberana del día siguiente para acabar de perfilar todos los detalles y asegurarse de que las *dressers* supieran lo que tenían que hacer. Aunque se dirigía a ella como «*Your Majesty*» y le hacía una reverencia cada mañana al verla —y otra por la noche, o la última vez que la veía durante el día—, Kelly era una de las personas más próximas a la reina, una de las poquísimas que tenía toda su confianza. De orígenes humildes —su padre conducía una grúa y su madre era enfermera—, Angela Kelly no tiene título académico alguno, dejó la escuela muy joven y aprendió a coser de pequeña, cuando su madre le enseñó a hacer ropas para sus muñecas.¹⁷ Como apenas tenían dinero, solo se podía comprar telas en los mercadillos. Angela trabajó durante muchos años en la cantina de la base del Ejército británico en Berlín y llegó a ser el ama de llaves de la residencia del embajador en la capital alemana. Fue allí donde, en octubre de 1992, Isabel II y Angela Kelly se conocieron. La monarca estaba de viaje oficial y no pudo dejar de fijarse en la inmensa profesionalidad de aquella simpática y discreta inglesa nacida en Liverpool. Un año más tarde, Kelly recibió una oferta de trabajo de Buckingham como *dresser*. Meses después fue promocionada a *senior dresser* y, luego, a *personal assistant*.

Esta mujer tres veces divorciada y madre de dos hijos era la encargada de todos los *looks* de la reina. También diseñó ella misma algunas creaciones icónicas, como el traje amarillo que Isabel llevó en la boda de Kate Middleton y el príncipe Guillermo.

Para el día a día los *outfits* reales eran bastante sencillos. Pero en las grandes ocasiones todo cambiaba. Ese vestuario se

decidía con meses de antelación y, para seleccionarlo, se tenían en cuenta cuestiones diplomáticas, políticas, de respeto a todas las religiones o lugares a los que fuera. También se hacían continuos guiños a las tradiciones de los sitios: cuando iba a Canadá, siempre aparecía de rojo y blanco —el color de la bandera— y portaba un broche en forma de hoja de arce —otro gran símbolo—; en Japón apareció con un vestido de lunares —de nuevo por la bandera—, y en el histórico viaje de Estado que hizo a Irlanda en 2011, sin duda uno de los más significativos de su reinado, llevó el primer día un abrigo color verde esmeralda típico del país.¹⁸ La noche siguiente, en la cena de gala, Isabel apareció con un traje de seda blanco decorado con más de dos mil tréboles de tela, otro icono cultural, hechos a mano.¹⁹

No eran tonterías: eran maneras de agasajar a un país y de mostrar respeto. Por eso cada detalle contaba y la creación de este «vestuario de trabajo», como lo llamaba la monarca, era minuciosa: en el pasado se había contado con un diseñador de cabecera, pero últimamente era Angela quien le presentaba bocetos a la reina, esta daba su aprobación y luego decidían conjuntamente las telas y los complementos. Eso sí: ningún hombre, a no ser que fuera su médico —y cuando vivía, su marido—, podía verla en ropa interior, y mucho menos tocarla, por lo que los diseñadores varones, como Norman Hartnell o Hardy Amies, habían de quedarse fuera del vestidor mientras se cambiaba y una *assistant* mujer era quien ponía los alfileres para hacer retoques.²⁰ Isabel insistía en que tenía que poder mover con facilidad los brazos y, sobre todo, ordenaba que todas las faldas tuvieran el largo suficiente para tapar sus rodillas cuando se sentara —nadie quería una fotografía de la soberana enseñando su ropa interior en un descuido—. Cuando era más joven y llevaba faldas amplias, una modista se encargaba de

coser en el interior una combinación estrecha o una falsa falda recta para que si el viento levantaba la tela nadie pudiera hacer una fotografía inoportuna. Además, como se había de cambiar de ropa con frecuencia, todo tenía que ser sencillo de quitar y poner. Los adornos, como flecos o puntillas, se reducían al mínimo en los trajes de día: podían engancharse fácilmente en cualquier lado y provocar un tirón innecesario.

La reina solía decantarse por colores vivos que la hicieran destacar entre la multitud: la clave de su vestuario era que se la pudiera identificar fácilmente, incluso de lejos. Para diario le gustaban los tonos pastel, sobre todo el azul en toda su gama, y para los actos más importantes, como cenas de Estado, escogía sobre todo el blanco. El negro estaba prohibido: era solo para funerales y periodos de luto.

Los sombreros tenían que ser también llamativos, pero nunca le podían tapar la cara ni ser demasiado anchos —le harían sombra— o muy altos, para que no se chocara con ellos al salir del coche.

En los últimos años, los zapatos de la reina eran encargados a la compañía Anello & Davide, con base en Londres —anteriormente, los hacían en Rayne, pero cerró—. Estaban hechos a mano, con piel de becerro, normalmente teñidos en negro y rematados con una hebilla o un pequeño lazo. El tacón era discreto, de unos cinco centímetros.²¹ Para crearlos, se empleaba una cuña de madera con las medidas exactas de Isabel II y luego esta se los probaba para acabar de hacer pequeños ajustes. Antes de usarlos, Angela Kelly, que tiene la misma talla de calzado, los llevaba puestos unos días. Así evitaba que a la reina le hicieran rozaduras.²²

Otro elemento clave en su imagen era su icónico bolso, una pieza que la acompañaba siempre. «La reina siente que no va completamente vestida sin él», reconoció Gerald Bodmer,

responsable de Launer, la marca que los fabricaba.²³ Generalmente de piel negra y de asa corta, eran perfectos para dejarlos apoyados en el suelo sin que se cayesen. En su interior nunca se hubiese encontrado un teléfono móvil ni dinero, ni mucho menos unas llaves. Normalmente llevaba un pañuelo, unas gafas, caramelos de menta, una pluma estilográfica, un pequeño espejo, algunas fotografías familiares y un pintalabios. El periodista Phil Dampier dijo que incluso llevaba una navaja suiza —supuestamente un recuerdo de sus días en las *girls guides*—, pero no se ha podido demostrar.²⁴

Lo que sí se pudo comprobar era que la reina siempre tenía a mano una suerte de gancho para poder colgar los bolsos en las mesas. También se sabe que Isabel empleaba este complemento para enviar mensajes a sus colaboradores. Por ejemplo, solía llevar el bolso en el brazo izquierdo y si se lo cambiaba al derecho significaba que quería acabar con la conversación o irse del evento. Si lo dejaba encima de la mesa, eso quería decir que deseaba salir de donde estuviera en menos de cinco minutos.

De los paraguas se encargaba la empresa Fulton. Eran del modelo Birdcage, hechos con plástico transparente y con un ribete a juego con el vestido que llevara. En público, la reina siempre utilizaba guantes, normalmente blancos. Más allá de que se crió en una generación donde llevar guantes a todas horas era lo normal, los seguía usando por una cuestión práctica: como tenía que dar la mano a multitud de personas, así evitaba manchársela o infectarse de gérmenes.

Desde 1947, la empresa familiar Cornelia James era la encargada de proveer a la casa real los famosos guantes —también son los responsables de todos los que se ven en las películas de *Harry Potter* y en la serie de *Downton Abbey*—. Sabemos que Isabel se decantaba por el modelo Francesca, a unas 110 libras esterlinas el par, y que se los hacían a mano para que

la largura fuera precisa: de la base del pulgar al antebrazo medían exactamente 5 pulgadas —12,7 centímetros—. Así se conseguía que los guantes estuvieran perfectamente cubiertos por las mangas del abrigo o del vestido —incluso cuando saluda—, con lo que nunca enseñaba el brazo.

Dos veces por semana, el peluquero Ian Carmichael era requerido en palacio para atender la real cabellera.²⁵ El peinado no cambió desde la década de los sesenta y, desde los años noventa, la reina ya no se teñía, con lo que su pelo se volvió totalmente blanco. En un país con tanto viento como el Reino Unido, era importante que el peinado de la soberana no se moviera en exceso, lo que se conseguía marcándolo mucho a golpe de cepillo y secador y luego cubriéndolo de laca.

Según reveló Angela Kelly en un libro, su majestad solo era maquillada por una profesional cuando grababa el discurso de Navidad. La encargada de hacerlo era Marilyn Widdess, una especialista en maquillaje para la televisión. El resto de los días lo hacía ella misma.²⁶ Siempre tuvo una piel fabulosa que, según dicen algunos, supo conservar gracias a la ayuda de la Eight Hours Cream, de Elizabeth Arden.²⁷ De esta marca también se cree que eran los pintalabios —no se sabe cuál era el color exacto que empleaba, pero siempre eran rosas fuertes—. Además, desde que era joven usaba productos de la marca francesa Clarins, entre ellos su base de maquillaje compacta, perfecta para dejar la piel matificada y sin brillos.²⁸

Cada día, la reina empleaba el jabón de lavanda inglesa de la marca Yardley London y como perfume, White Rose, de Floris.²⁹ Isabel odiaba los colores de uñas demasiado llamativos y solo se ponía una discreta capa de Ballet Slippers, un pintañas rosa claro de Essie que cuesta unas nueve libras esterlinas.



El desayuno propiamente dicho se servía a las ocho y media en el comedor privado de la reina. En el año 2003, un reportero del *Daily Mirror* consiguió un trabajo como *footman*, lacayo, en palacio y llegó a fotografiar el día a día de la familia real, incluida la mesa del desayuno de la soberana.³⁰ Por eso sabemos que la que normalmente usaba era redonda, no excesivamente grande, cubierta por un mantel de lino blanco y con un centro de flores. Al lado había una discreta mesa auxiliar con un teléfono bastante antiguo. Todos los cubiertos que empleaba la soberana eran de plata maciza; los platos y las tazas, de cerámica, y llevaban dibujados el emblema E II R.

Cuando se sentaba, Isabel tenía delante de ella un plato de porcelana blanco con ribete dorado. A su derecha, un cuchillo y una cuchara; a su izquierda, un plato con una servilleta blanca encima primorosamente doblada. Enfrente, varios *tuppers* con cereales: un antiguo chef de palacio, Darren McGrady, reconoció que la reina tomaba normalmente los Special K de Kellogg's, pero en vez de en la caja de cartón, exigía que se guardasen en este tipo de recipientes, porque creía que así se conservan más frescos.³¹ Sobre la mesa también había un frasco de mermelada de la marca Wilkin & Sons, una taza de café, un bol con fruta y un plato con un sencillo yogur en envase de plástico. La reina no tomaba los contundentes desayunos ingleses a base de alubias, beicon, salchichas y huevos fritos. Optaba por una simple tostada y, muy de vez en cuando, pedía que le preparasen huevos revueltos con salmón ahumado.

Cuando su marido vivía, generalmente desayunaban juntos. Era uno de los pocos momentos a solas que tenía el matrimonio y preferían que no hubiera sirvientes a su alrededor. Todo se preparaba de antemano y se colocaba sobre una mesa bufé, como la de cualquier hotel, con los platos cubiertos. Para que el té no se enfriase, se empleaba una *kettle* antigua de plata que

el propio duque de Edimburgo había adaptado para que pudiese enchufarse a la corriente. Mientras el matrimonio desayunaba, ambos repasaban la prensa. Lo primero que leía la reina era el periódico de carreras de caballos *Racing Post*. Luego pasaba a las páginas del diario conservador *The Telegraph* y, en algunas ocasiones, a las del *Financial Times*. Muchos días también miraba por encima los tabloides, sobre todo cuando llevaban noticias en portada de su familia.

A las nueve, y siguiendo una tradición que inició la reina Victoria, un gaitero tocaba durante quince minutos debajo de los apartamentos reales. Era el despertador oficial del monarca de Inglaterra. A la soberana le encantaba el sonido, aunque no tanto que la melodía fuera siempre la misma, por lo que el Piper to the Sovereign, el gaitero de la soberana, tenía que ir variando. Desde 2019, el honor de «despertar» a la soberana recaía en el mayor Richard Grisdale, del Real Regimiento de Escocia.

A las nueve y media comenzaba la jornada de trabajo. Más que un despacho estrictamente dicho, Isabel empleaba una discreta *sitting room*, una sala de estar, práctica y confortable, con vistas a los jardines de palacio y a Constitution Hill. Las paredes eran verdes —el color favorito de la reina para la decoración—,³² había cómodos sofás con fundas de estampados florales, un armario de estilo Hepplewhite con estatuas en porcelana de caballos y un pequeño secreter de madera Chippendale que perteneció a su padre.³³ Este último siempre estaba repleto de cartas, informes y documentos, todo amontonado y bastante poco ordenado. Isabel no empleaba bolígrafos, sino una antigua pluma estilográfica.³⁴

Cuando su madre vivía, lo primero que hacía la soberana al llegar al despacho era llamarla por teléfono. Desde que la reina madre murió en 2002, Isabel comenzaba la jornada leyendo el resumen de prensa que le habían preparado. Luego hojea-

ba todos los periódicos que aún no había leído y llamaba a su *Private Secretary*, el título que recibía su jefe de gabinete. Le llamaba por teléfono y, muy educadamente, le decía: «Eduardo, ¿le importaría venir a verme?». ³⁵

El secretario privado se ocupaba de toda la documentación, de preparar su agenda, sus viajes y sus discursos. Sobre todo, era el responsable de atisbar problemas con tiempo y de evitarlos a toda costa o, si ya era tarde, de paliarlos cuanto antes. Para realizar el trabajo con acierto se requería un conjunto de habilidades singulares: la destreza de un diplomático mezclada con la eficiencia militar de un general, todo ello aderezado con las dotes de un excelente relaciones públicas y un genio del *marketing*.

Desde el año 2017, el cargo lo ostentaba sir Edward Young, un reputado banquero que trabajó en Barclays y luego fue un destacado asesor del Partido Conservador. Era el noveno secretario privado que tenía la reina y, antes que él, estuvo en el puesto sir Christopher Geidt, un militar, académico y diplomático con un currículum superlativo: estudios en Oxford, diplomado en Estudios Militares por el King's College, graduado en Relaciones Internacionales por Cambridge, miembro del Instituto de Estudios de la Defensa y colaborador del Foreign Office en Sarajevo, Ginebra y Bruselas.

De aspecto afable y un tanto bonachón, sir Edward, el último secretario, se presentaba cada mañana en el despacho con una bandeja de mimbre donde llevaba los documentos más destacados, desde leyes que se acababan de aprobar hasta peticiones de organizaciones sociales para que la soberana las presidiera. También había cartas que se habían de enviar a embajadores o personal gubernamental, por no decir que la reina debía aprobar si los miembros de su familia podían usar o no el helicóptero real para sus desplazamientos. Leía a una velocidad

de vértigo —siempre se vanagloriaba de ser «una lectora veloz»— y hacía preguntas a su secretario sobre aspectos que no entendía. Cuando surgía algún tema delicado sobre el que no sabía cómo posicionarse, simplemente pedía que le facilitaran más información. Un tema destacado eran los discursos: la reina los pedía ver con bastante antelación, sobre todo los que pronunciaba en Navidad.

Al entrar en la sala, sir Edward se dirigía hacia donde estuviera la soberana, inclinaba la cabeza y decía: «*Your Majesty*». A partir de ahí se dirigía siempre a ella como «*Madam*». En ningún momento le podía dar la espalda y, cuando se retiraba, tenía que volver a inclinar la cabeza y andar hacia atrás.

Isabel siempre trató a sus asesores con total educación, pero jamás dio confianzas ni permitió una excesiva familiaridad. Aunque el trato era exquisito, siempre había una línea que nunca se traspasaba y el protocolo se respetaba férreamente incluso en privado. Con los años, la reina estableció también sus propias normas: aunque al comienzo de su reinado era común que los hombres a su alrededor llevaran bigote, ella dejó claro que no le gustaba —tampoco las barbas, al parecer—. Cuando estaban de pie, debían llevar siempre la chaqueta abrochada.³⁶

La reina escuchaba atentamente todo lo que su equipo le explicaba y, si había algo que no le gustaba, decía «no creo que sea lo más adecuado», o simplemente comenzaba a hacer preguntas. Una vez, cuando estaba preparando un viaje oficial a Estados Unidos, uno de sus secretarios le comentó la posibilidad de que hiciera el saque de honor en un partido de béisbol. La reina frunció el ceño y, tras un silencio incómodo, le espetó sin alzar la voz: «*Are you sure?*», «¿está usted seguro?».

Isabel rara vez demostraba enfado en público. Si un acto no le gustaba en absoluto, en vez de ponerse a chillar, ponía gesto serio y decía con calma: «*That was an interesting expe-*

rience», «ha sido una experiencia interesante»: todo el mundo en la corte sabía que aquello significaba que no debía volver a repetirse.³⁷ Si una sugerencia realmente la enfadaba, simplemente se quedaba en silencio y clavaba la mirada en su interlocutor con unos ojos que podían tornarse gélidos.³⁸ Tan solo en contadísimas ocasiones se la vio protestar realmente. Por ejemplo, cuando en una sesión con la famosa fotógrafa estadounidense Annie Leibowitz, esta le dijo que quizá iba demasiado vestida —iba ataviada con traje largo y el uniforme de la Orden de la Jarretera, con capa, oropeles, lazos y demás abalorios, sin contar la tiara de rigor— y la artista le sugirió que se quitase la diadema de diamantes. La reina se quedó estupefacta y, con un tono un tanto altivo, le espetó: «¿Demasiado bien vestida? ¿Qué quiere usted decir?».³⁹

La reina, en el fondo, también tenía su carácter y, muy de vez en cuando, perdía los nervios. No era ningún secreto que tuvo más de una sonada discusión con su marido y se llegaron incluso a escuchar insultos. En 1955, en medio de un largo y extenuante viaje oficial a Australia, las cámaras captaron cómo él salía enfadado de la casa donde se hospedaban y ella le iba a la zaga chillando y lanzando zapatillas de deporte y una raqueta a su esposo. El secretario de prensa de la Corona tuvo que pedir a los periodistas que olvidasen lo sucedido y le entregasen las cintas. Minutos más tarde, era la propia monarca quien se dirigía a los atónitos reporteros para justificar que «pasa en todos los matrimonios».⁴⁰



El secretario privado es una de las personas con más peso dentro de Buckingham, pero no la única. De hecho, el oficial de más rango es el lord chambelán, encargado de todo el ceremo-

nial. Desde abril de 2021, el puesto lo ostentaba Andrew Parker, barón Parker de Minsmere, un antiguo director general del MI5, es decir, el jefe de los servicios de inteligencia. Antes que él estaba William James Robert Peel, tercer conde Peel y descendiente directo de sir Robert Peel, uno de los primeros ministros de la reina Victoria.

También está el Lord Steward o lord mayordomo, encargado del funcionamiento de la corte, sobre todo de los presupuestos y los viajes, y de presentar a los invitados durante los viajes de Estado y los banquetes. Por tradición, siempre es un *peer*, un miembro de la aristocracia. Desde 2009, el puesto lo ejercía el escocés James Ramsay, conde de Dalhousie.

Otros asistentes son el Keeper of the Privy Purse —literalmente, el guardián del monedero privado—, que ejerce de tesorero, y el Master of the Horse, encargado de los caballos que se emplean en los grandes desfiles. Les siguen un conjunto de títulos que parecen sacados de una novela de Tolkien: el Warden of the Swans —el guardián de los cisnes reales—, el Clerk of the Green Cloth —el secretario del paño verde, antiguamente encargado de la administración de palacio— y los Yeomen of the Guard —los guardianes oficiales de la reina, parecidos a los Beekeepers que custodian la Torre de Londres con sus ropajes medievales y sus casacas rojas y doradas.

Hasta hace unos siglos también existía el Groom of the Stool, literalmente el «mozo de las heces», porque en la Edad Media se encargaba de «asistir» al monarca cuando hacía de vientre. Hay bastantes dudas de hasta dónde llegaban exactamente sus deberes: algunos historiadores creen que solo debía de pasar al rey una toalla y un bol con agua en el momento de la deposición, pero hay otros que defienden que seguramente también tenía que limpiar a los soberanos. Sea como fuere, se sabe que el puesto fue ocupado siempre por nobles de alta alcurnia y, dada

la intimidad que se gestaba con el monarca, acabaron por ser algunos de los hombres más poderosos del país.

Anécdotas aparte, a todo este conjunto de oficiales de alta graduación de la corte se les conoce como *Household* y, por tradición, suelen proceder de los más altos escalafones de la sociedad, lo que ha provocado muchas críticas por el excesivo elitismo. Por debajo de ellos, por supuesto, están los criados —*servants* en inglés—, aunque la reina odiaba esa palabra por considerarla poco digna y prefería referirse a ellos como *staff* o con los cargos: *footman* —lacayo—, *dresser* —doncella—, *equerry* —caballerizo—, *valet* —ayudante de cámara—, etcétera.



Después de despachar con el secretario privado, llegaba el turno de la Lady-in-Waiting. Las damas de compañía eran señoras de alta alcurnia que se encargaban de acompañar a la reina en todos sus desplazamientos y se ocupaban de su correspondencia personal. Cualquier carta de niños, por ejemplo, o de personas que le pedían recetas o información sobre sus perros era gestionada por ellas. Isabel recibía entre doscientas y trescientas misivas al día y exigía ver la mayoría personalmente. En un documental, la reina reconoció que le fascinaba que las personas le dirigieran cartas pensando que realmente se las iba a leer, como si la conocieran personalmente. También aseguró que, en la gran mayoría de ocasiones, cuando le pedían cosas, lo único que podía hacer era derivar la petición a los organismos correspondientes.⁴¹

La dama de compañía de mayor rango era la Mistress of the Robes, llamada así porque, siglos atrás, era la persona encargada de la ropa y las joyas de la monarca. En nuestros días, solo se ocupaba de su atuendo en las grandes ceremonias, como la

coronación, y su trabajo era más de logística y acompañamiento. Por tradición, la señora de los ropajes siempre es una duquesa. Desde 1967 hasta su muerte en diciembre de 2021, el cargo lo ejerció Ann Fortune FitzRoy, la duquesa viuda de Grafton, uno de los títulos ducales con más pedigrí del reino. Después de su fallecimiento no se nombró a otra para el cargo.

Las damas de compañía de la reina eran: la condesa de Airlie —Virginia Ogilvy—, lady Diana Farnham, lady Susan Hussey, lady Richenda Elton, la honorable Mary Anne Morrison, la honorable Annabel Alice Hoyer Whitehead, Jennifer Gibbs y Philippa de Pass.

De todas ellas, lady Susan Hussey era, sin duda, la favorita. Hija del conde de Waldegrave y viuda del barón Marmaduke Hussey, quien fuera presidente de la Junta de Gobernadores de la BBC, lady Susan fue contratada en los años sesenta, después del nacimiento del príncipe Andrés, para ayudar con el correo y desde entonces se convirtió en una de las confidentes más cercanas de la reina y una de las personas más queridas por la familia real. El príncipe Carlos la adora y fue escogida como madrina del príncipe Guillermo.



A las doce, Isabel tenía audiencias con invitados oficiales, normalmente embajadores que comenzaban su estancia u otros que la acababan, y también con representantes de la Commonwealth. Las audiencias eran breves, de unos diez minutos o, como mucho, y muy excepcionalmente, de veinte. No había necesidad de mucho más: la reina no despachaba temas de calado, mantenía una charla puramente protocolaria donde lo importante era dar pie a una conversación educada y agradable, lo que los ingleses conocen como el *small talk*.

Su hijo, el entonces príncipe Carlos —ahora rey Carlos III—, procura comenzar siempre sus diálogos con algún detalle divertido para romper el hielo, pero a la reina le costaba mucho ser jovial con gente que no conocía, por lo que se centraba en cuestiones bastante ligeras: «¿Es la primera vez que visita usted Inglaterra?»; y su favorita: «¿Ha sido su estancia con nosotros como esperaba?».

Estos encuentros se desarrollaban en la Audience Room, una solemne sala noble pintada de azul claro tirando a turquesa con decoraciones en estuco blanco en paredes y techo. El suelo es oscuro, de madera, y está cubierto por una gigantesca y elaborada alfombra francesa del siglo XVIII. El salón tiene una preciosa chimenea sobre la que descansan esculturas de porcelana inglesa, candelabros de oro y un gran espejo repujado del siglo XIX. A ambos lados de la chimenea, cuadros de Canaletto. Todos los muebles son distinguidos, hechos de madera cubierta con pan de oro y con los tapizados en beis.



La reina comía a la una, normalmente sola. Antes de sentarse a la mesa, solía tomarse un Gin and Dubonnet, hecho con ginebra Gordon's y Dubonnet —una bebida dulce a base de vino—, acompañado de dos grandes cubitos de hielo y una rodaja de limón sin pepitas.⁴²

Según Darren McGrady, a Isabel le gustaba almorzar platos ligeros, como pescado con verduras, y le encantaba el lenguado de Dover presentado sobre espinacas hervidas y rehogadas.⁴³ Evitaba los carbohidratos, por lo que apenas consumía patatas, arroz o pasta, no solía probar el vino y prefería beber agua sin gas de la marca Malvern. También evitaba el ajo —para no tener mal aliento—, el picante —no le gustaba—,

la salsa de tomate —para no mancharse— y, cuando viajaba al extranjero, no probaba las ostras ni el marisco —para evitar problemas de estómago—. La carne siempre tenía que estar muy hecha y la fruta había de ser de temporada, y siempre la comía con cubiertos.⁴⁴

Cada semana, el jefe de cocina enviaba a la reina sugerencias de menús. Todo estaba en francés, idioma en el que se escriben los menús de palacio, cenas oficiales incluidas, desde los tiempos de la reina Victoria. Para cada comida y cena el chef le ofrecía tres platos distintos e Isabel tachaba los que no quería.⁴⁵

A veces, si no había nada que le apeteciera, ella misma escribía lo que deseaba, aunque solía suceder muy de vez en cuando. La reina no destacaba precisamente por sus gustos sibaritas, todo lo contrario. Estaba educada desde pequeña para comerse lo que le ponían sin rechistar y jamás se la vio poner mala cara en los viajes de Estado, incluso cuando le ofrecían manjares realmente sorprendentes.



Justo después de comer, la reina salía a dar un paseo por los jardines. Todos en palacio sabían que debían evitar encontrarse con ella porque le gustaba no ver a nadie más que a los perros.⁴⁶ De regreso al interior, leía durante una media hora el *Racing Post*. Luego se preparaba para asistir a algún acto oficial.

Todos los eventos de la tarde estaban programados para que la reina tuviese tiempo de sobra para regresar tranquilamente a palacio antes de la hora del té.⁴⁷ Isabel era una gran aficionada a esta tradición británica —se dice que era su comida favorita del día— y tomaba todas las tardes una taza de Earl Grey a las cinco en punto. Siguiendo el ritual, siempre la acompañaba de pastel, sándwiches y *scones*. Le encantaba la tarta de

chocolate y su emparedado favorito era el clásico de pepino, huevo duro y salmón ahumado —estaban hechos con pan de molde sin corteza—. También le agradaban los *jam pennies*, pequeños sándwiches cortados con la forma octogonal de un penique y rellenos de mermelada de frambuesa. Cuando en verano estaba en Escocia, Isabel a veces tomaba la tradicional *Dundee cake*, una tarta de fruta con pasas maceradas al ron.

En cuanto a los *scones* o panecillos, la reina los acompañaba siempre de *clotted cream* —una especie de cuajada muy densa— y de mermelada. En Inglaterra hay un debate nacional sobre cuál de los dos ingredientes se pone primero: la reina optaba por el *Cornish method*, el método de Cornualles, que consiste en aplicar la mermelada primero —a poder ser casera y hecha en Balmoral— y luego coronarla con una cucharada de *clotted cream* —normalmente de la marca Rodda's.⁴⁸

Después de tomar el té, la reina regresaba a su despacho durante una hora aproximadamente. Era entonces cuando leía y estudiaba los documentos de las famosas *red boxes*, las cajas rojas, llamadas así porque son unos maletines cuadrados hechos de madera de pino pintada de ese color. Cada uno lleva, en la parte superior, el emblema de la monarquía y las letras E II R. En su interior, los papeles oficiales que el Gobierno le hacía llegar a Isabel como jefa del Estado, incluidos documentos confidenciales.

Cada día del año, exceptuando el de Navidad, recibía una *red box*. La tradición se mantuvo hasta que cumplió los noventa y seis años y se consideró que semejante carga de trabajo era excesiva. Aun así, semanas antes de morir, Isabel recibía aún cuatro *red boxes* a la semana. La reina era increíblemente disciplinada y leía todos los documentos que le enviaban. Cada caja podía contener centenares de páginas de lectura, pero Isabel no se saltaba ni una sola hoja.

Cuando terminaba, si no había actos oficiales programados para la noche, la reina se retiraba a descansar un rato antes de cenar. Los martes, sin embargo, su jornada se alargaba, porque a las seis y media de la tarde tenía la audiencia privada con el primer ministro. Antiguamente, la reunión era a las cinco y media, justo después del té, pero la reina la retrasó una hora cuando sus hijos Carlos y Ana eran pequeños para poder pasar un rato con ellos antes de que se acostaran. Desde entonces, y a pesar de que sus hijos se hicieron adultos, el horario se mantuvo.

La cita semanal no duraba más de media hora y se realizaba en la Audience Room. Nunca ha trascendido ni un solo detalle del contenido de las conversaciones y la propia soberana, en un documental, tan solo explicó que era el momento en el que «los primeros ministros se desahogan, le explican a una lo que está ocurriendo y, a veces, una puede ayudar, porque es una especie de esponja y, ocasionalmente, puedo proponer un punto de vista para que vean las cosas desde una perspectiva que no habían tenido en cuenta».⁴⁹

Si sus antepasados disfrutaban de funciones ejecutivas, Isabel no tenía ninguna: ella reinaba, pero no gobernaba. Aunque técnicamente el gobierno era suyo —el nombre oficial es Her Majesty's Government, el gobierno de su majestad—, ella no podía nombrar ministros ni impulsar leyes ni siquiera criticar abiertamente acciones del partido en el poder. Las leyes se dictaban en su nombre y ella las había de firmar para que entrasen en vigor, pero no podía alterar ni una coma de su contenido. Isabel seguía a rajatabla su obligación de neutralidad y siempre recordaba que «*The Crown is above politics*», «la Corona está por encima de la política», en el sentido de que los políticos van y vienen, ganan o pierden, pero la monarquía permanece, no toma partido y, por tanto, representa a todo el país, no solo a una facción ideológica.

Esto no quiere decir que no tuviese ideas propias. Las tenía —y muy fuertes, además—, pero no las hacía públicas. O no siempre. Se sabía, por ejemplo, que era una gran defensora de la Commonwealth, la unión de países surgida tras la caída del Imperio británico, y que maniobró para que el Reino Unido sancionara a Sudáfrica por el *apartheid*. También era conocido que fue una gran amiga personal de Nelson Mandela y que este la llamaba en privado Lizzie, algo que nadie más ha hecho.

En cambio, nunca vio con excesivos buenos ojos la Unión Europea. En medio de la campaña por la salida del Reino Unido de la UE, el diario sensacionalista *The Sun* publicó a toda página el sonado titular «*Queen Backs Brexit*», «la reina apoya el Brexit», alegando que, en una audiencia hacia años, la monarca había comentado con cierto desdén que «no entendía Europa». Más tarde, *The Sunday Times* desveló que la reina se sentía frustrada y «decepcionada con la actual clase política y su incapacidad para gobernar correctamente».⁵⁰

Isabel mantuvo una relación cordial con todos sus primeros ministros, pero con el tiempo trascendió que con algunos se llevó mejor que con otros. El primero —y, sin duda, su favorito— fue Winston Churchill, quien la trataba con cierta condescendencia, más como a una nieta a la que educar que como a una soberana a la que reverenciar. Con Margaret Thatcher, la primera mujer en Downing Street, la relación fue tensa y desconfiada. No se aguantaban e incluso la reina llegó a saltarse su tradicional discreción y se filtró que no aprobaba muchas de las medidas que la Dama de Hierro estaba poniendo en marcha por considerarlas excesivamente agresivas y contrarias al bienestar de la clase obrera.

Con Tony Blair tampoco hubo una especial sintonía. No comenzaron con el mejor pie, literalmente. El día 1 de mayo de 1997, en la tradicional audiencia con la reina para formar

gobierno tras las elecciones, Blair estaba tan nervioso que tropezó con la alfombra al entrar y por poco cae sobre la soberana. Superada la metedura de pata, nunca mejor dicho, la reina le dejó clara la posición de ambos: «Es usted mi décimo primer ministro. El primero fue Winston. Eso fue antes de que usted naciera».



Cada día, a las siete y media de la tarde, Isabel recibía un informe del Parlamento con un resumen de las actividades legislativas. Después, a las ocho, cenaba, muchas veces sola y con una bandeja enfrente del televisor. Solía volver a tomar pescado —le encantaba el salmón que se pesca en el río Dee de Balmoral— u optaba por faisanes o carne de venado criado en la finca real de Sandringham. Uno de sus platos favoritos era el *gaelic steak*, un gran filete de carne cubierto con una salsa de setas al whisky. Otra de sus predilecciones era el *gleneagles pâté*, una especie de pastel de pescado hecho a base de salmón y trucha ahumados, mezclados con trozos de caballa.⁵¹ Siempre tomaba fruta fresca y luego un postre, hecho normalmente con melocotones blancos de Windsor o fresas silvestres de Balmoral. Algunas veces se decantaba por un surtido de quesos, acompañado de una ramita de apio. Hasta pocos meses antes de su muerte, solía acabar el ágape con una copa de champán, pero el médico se lo prohibió.

Cuando vivía su marido, en ocasiones se volvían a sentar a la mesa de caoba en el comedor privado. Antiguamente, la tradición de las clases altas establecía que te debías cambiar de ropa para cenar, aunque solo estuvieras en familia. Sin ir más lejos, los abuelos de Isabel se ponían de gala —ella incluso con tiara— aunque únicamente cenasen ellos dos. Isabel y Felipe no

seguían esta norma arcaica cuando estaban solos, pero sí disfrutaban de una mesa puesta con un centro de flores, cubiertos de plata y una lustrosa cristalería.

Después de cenar, a la reina le gustaba ver la televisión. Le encantaban las series históricas tipo *Downton Abbey*.⁵² A no ser que tuviera un evento fuera, raras veces abandonaba palacio por las noches. A Isabel no le gustaban la ópera ni el teatro ni el *ballet* ni los conciertos, y solo acudía de vez en cuando por obligación del cargo. La ciencia y la tecnología la aburrían. Ella, como buena inglesa de alta alcurnia criada en la década de los treinta, fue educada en un estricto código de conducta que no enfatizaba en exceso la erudición, más bien al contrario. La alta sociedad británica de cierta edad destaca más por sus conocimientos de caballos que de libros y la reina prefería una conversación sobre perros a cualquier otro tema. Como dijo una vez su marido, el duque de Edimburgo, «solo le interesa lo que come hierba y relincha», en referencia a que únicamente los caballos captaban verdaderamente su atención.

Antes de acostarse, la reina escribía en su diario y rezaba. Generalmente, se metía en la cama a las once. A la mañana siguiente, la rutina volvía a comenzar.



El horario solo se alteraba si la reina tenía actos fuera de Londres. Estos se realizaban preferiblemente por las mañanas y eran preparados al milímetro.

En los últimos años, la soberana no hacía viajes oficiales al extranjero —el último fue a Malta, en 2015—. Estos se planificaban con un mínimo de un año de antelación e implicaban la participación de decenas de personas, tanto de la corte como del Gobierno y el Foreign Office. Primero se decidía el itinera-

rio y luego un equipo de avanzadilla se desplazaba *in situ* a los lugares para supervisar hasta el más nimio detalle: desde dónde se iban a colocar las cámaras para que la imagen fuera perfecta hasta cómo debían ir vestidos los invitados a los actos oficiales.

Muchos de sus asesores han reconocido que Isabel odiaba actuar ante las cámaras y se negaba a participar en lo que los ingleses llaman *stunt*, ardidés o tretas milimétricamente preparados, muchas veces exagerados y no siempre de buen gusto, para llamar la atención de la prensa o ganar popularidad. Ella insistía en que no era una vulgar *celebrity*, sino una jefa de Estado, por lo que su comportamiento en público siempre había de estar marcado por el decoro y la dignidad, lo que a veces se traducía en una seriedad excesiva que su equipo intentó rebajar. Pero fue siempre en vano: mientras su madre y su hermana eran unas actrices consumadas, a Isabel le horrorizaba cualquier impostura. Cuando, en una ocasión, le presentaron un discurso excesivamente subido de retórica, pidió que se lo rebajaran y se lo dejaran en un tono mucho más neutro.⁵³ Tan solo hacia el final de su mandato se permitió acciones más modernas y espontáneas, como protagonizar vídeos con James Bond para inaugurar los Juegos Olímpicos de Londres.

A pesar de su formalidad y apego al orden y la disciplina, de vez en cuando se lo pasaba bien en las poquísimas ocasiones en que podía pasar desapercibida. Una vez, por ejemplo, mientras regresaba de Australia, su avión tuvo que aterrizar en Singapur a repostar y la reina aprovechó para pasear por el *duty free* del aeropuerto de Changi como si fuera una pasajera más. Incluso se la vio delante de un *stand* de cosméticos.⁵⁴



Para saber si Isabel II estaba en Buckingham tan solo había que mirar la fachada del palacio: si el estandarte real aparecía izado, entonces la soberana estaba en Londres. Esta bandera es la enseña personal de los monarcas ingleses y se halla dividida en cuatro cuadrantes: en dos de ellos figura el blasón de Inglaterra —tres leones alargados de oro sobre fondo rojo—, en un tercero sale otro león rojo en medio de un recuadro —símbolo de Escocia— y en el cuarto hay un arpa de oro representando a Irlanda.

El estandarte técnicamente solo sirve para mostrar la presencia real y jamás puede estar a media asta. De ahí que, cuando la princesa Diana murió, en agosto de 1997, el mástil de Buckingham permaneciera inicialmente vacío: la reina estaba de vacaciones en Escocia y nadie en la corte pensó en que no tener una bandera en señal de duelo provocaría un alud de críticas. Finalmente, y presionada por el clamor popular, Isabel permitió que se pusiera la bandera de Gran Bretaña a media asta. A partir de ese momento, la fórmula se ha repetido unas cuantas veces: después del ataque terrorista a Estados Unidos del 11S o de las bombas en Londres en 2005, la Union Jack ha ondeado en Buckingham.

Dentro de palacio, un eficiente equipo se asegura de que todo se ejecute con precisión militar. El palacio de Buckingham tiene 775 estancias, incluidas 52 habitaciones para la familia real, 78 baños, 19 salas nobles, más de noventa oficinas, una piscina, un cine y su propia oficina de correos. Alrededor de cuatrocientas personas trabajan allí diariamente, incluido todo el servicio, los chefs, los jardineros, chóferes, etcétera. Todo este ejército de personal está perfectamente sincronizado para que no falle nada, especialmente cuando la residencia real acoge la visita de un líder internacional.

En esas grandes ocasiones, la reina supervisaba hasta el más mínimo detalle. Normalmente, los jefes de Estado extran-

jeros se hospedaban en la Belgian Suite de palacio, llamada así en honor al rey Leopoldo I de los belgas, el tío favorito de la reina Victoria, que siempre se alojaba allí. En realidad, no es una *suite*, sino un conjunto de salas del siglo XVIII decoradas con gran boato. Para comenzar, tiene un inmenso salón privado, conocido como Century Room, con cuadros de Canaletto y Gainsborough y retratos del rey Jorge III. Al lado está la llamada Orleans Bedroom, la habitación Orleans, con paredes azules, dos camas con dosel y retratos de la reina Victoria. La sala española, con retratos de Napoleón, se emplea como vestidor.⁵⁵

Meses antes de las visitas, la reina insistía en conocer al detalle las biografías de las personas que iba a recibir, así como algunos gustos personales, como libros y aficiones, para poder sacar algún tema de conversación. También ordenaba que se dejaran frutas y dulces en las habitaciones de sus huéspedes por si acaso tenían hambre por la noche. Un día antes de la llegada de sus invitados, la reina inspeccionaba en persona el lugar para asegurarse de que todo estuviera perfecto.

Antiguamente, las delegaciones extranjeras llegaban a Victoria Station, la reina los recibía en el andén y luego la comitiva partía en carrozas hacia Buckingham. En los últimos años, sin embargo, los dignatarios han sido recibidos en el aeropuerto por algún miembro de la familia real y se ha realizado una ceremonia oficial de bienvenida en el Horse Guards Parade con un pequeño desfile militar y la interpretación del himno del país invitado, seguido por el «God Save the Queen». Posteriormente, las dos delegaciones se montaban en carruajes y se dirigían a Buckingham a través del Mall escoltados por la Guardia Real. Ya en palacio, Isabel solía acompañar a sus huéspedes hasta sus habitaciones y les explicaba cómo funcionaba todo.

Una vez instalados, Isabel y sus ilustres invitados disfrutaban de un almuerzo informal, seguido por la visita a una

pequeña exposición en la galería central de palacio organizada ex profeso por el Royal Archive, los archivos reales, con documentos y objetos que mostraban las relaciones entre el Reino Unido y el país al cual se agasajaba. Por la noche llegaba el plato fuerte de la visita: la espectacular cena de gala celebrada en el Ballroom, la sala de baile, y a la que solían acudir unas ciento cincuenta personas.

La mesa mide 49 metros, tiene forma de herradura y se necesitan tres horas para montarla. Como es tan ancha, para abrillantarla los *footmen* se tienen que subir encima descalzos y con bolsas de tela en los pies. Una vez puesto el mantel, se distribuye la cubertería de plata maciza creada originalmente para Jorge IV, además de más de cien candelabros. Después vienen las copas, cinco por comensal —sherry, vino blanco, tinto, champán y agua—. Para que todo quede perfectamente alineado, se emplean hilos que marcan las distancias y unas varas de madera para medir.

La reina recibía a sus invitados en el Blue Drawing Room, una de las salas más opulentas de palacio con sus columnas corintias, paredes forradas de seda y un espectacular techo repleto de esculturas y decorados dorados en escayola. Desde ahí, la comitiva avanzaba por la conocida como galería este, adornada con enormes cuadros de la reina Victoria, y entraba en el gran salón donde se celebraba la cena bajo los acordes del himno nacional. La reina abría esta procesión junto con el invitado extranjero de mayor rango. Detrás, y de dos en dos, iba el resto de miembros de la familia real acompañando a la delegación invitada.

Cada comensal dispone de una cartulina blanca con el menú, siempre escrito íntegramente en francés, sin traducción al inglés. Buckingham sigue estrictamente la norma de las clases altas inglesas de «*fish, main course, pudding, dessert*»: pri-

mero pescado, luego un plato principal, después el *pudding* —helados o tartas— y finalmente el *dessert* —que aquí solemos traducir erróneamente por postre, pero que se refiere a la fruta—. Se acaba con café y *petit fours*, dulces, acompañados de una copa de oporto.

Por ejemplo, para la cena de gala en honor al presidente Obama de 2011, Buckingham optó por:

Paupiette de Sole et Cresson

(rollito de lenguado y berros)

Sauce Nantua

(salsa nantua)

Agneau de la Nouvelle Saison de Windsor au Basilic

(cordero de Windsor a la albahaca)

Courgettes et Radis Sautées

(calabacín y rábanos salteados)

Panaché d'Haricots Verts

(panaché de judías verdes)

Pommes Boulangère

(patatas panaderas)

Salade

(ensalada)

Charlotte à la Vanille et Cerises Griottes

(tarta carlota de vainilla y guindas)

Fruits de Desserts

(fruta)

Vinos:

Ridgeview Cuvée Merret Fitzrovia Rosé 2004

Chablis Grand Cru Les Clos 2004. Domaine William Fèvre

Echézeaux Grand Cru 1990. Domaine de la Romanée-Conti

Veuve Clicquot Ponsardin, Vintage Rich 2002

Royal Vintage Port 1963⁵⁶

